

Rubén Darío

Marina

Poema original:

Como al fletar mi barca con destino á Citeres
Saludara á las olas, contestaron las olas
Con un saludo alegre de voces de mujeres.
Y los faros celestes prendían sus farolas,
Mientras temblaba el suave crepúsculo violeta.
« Adiós — dije — países que me fuisteis esquivos,
Adiós peñascos enemigos del poeta;
Adiós costas en donde se secaron las viñas
Y cayeron los términos en los bosques de olivos.
Parto para una tierra de rosas y de niñas,
Para una isla melodiosa
Donde más de una musa me ofrecerá una rosa. »
Mi barca era la misma que condujo á Gautier
Y que Verlaine un día para Chipre fletó,
Y provenía de
El divino astillero del divino Watteau
Y era un celeste mar de ensueño,
Y la luna empezaba en su rueda de oro
A hilar los mil hilos de su manto sedoso.
Saludaba mi paso de las brisas el coro
Y á dos carrillos daba redondez á las velas.
En mi alma cantaban celestes filomelas
Cuando oí que en la playa sonaba como un grito.
Volví la vista y vi que era una ilusión
Que dejara olvidada mi antiguo corazón.
Entonces, fijo del azur en lo infinito,
Para olvidar del todo las amargas viejas,
Como Aquiles un día, me tapé las orejas.
Y les dije á las brisas : « Soplad, soplad más fuerte-,
Soplad hacia las costas de la isla de la Vida. »
Y en la playa quedaba desolada y perdida
Una ilusión que aullaba como un perro á la Muerte.